



# **EL REGRESO de RAVENOR**

**Dan Abnett**

timunmas



**Primera parte**  
**HUMO Y ESPEJOS**



Jairus era tan temperamental como cualquiera, especialmente cuando tenía el mono, y en aquel momento lo tenía. Con el alma confusa y el cerebro embotado, su brazo izquierdo temblaba como la piel de un tambor. Acababa de despertarse de un sueño en el que había estado despierto en todo momento, soñando que dormía.

Jairus sentía un hambre atroz, y después de aquel último flejo estaba sediento. Tenía los ojos secos. No había parpadeado durante todo el tiempo que había estado soñando. Sólo observaba fijamente los paneles de madera rugosa que había en el techo de la habitación.

La ciudad bullía al otro lado de la ventana resquebrajada con un estruendo similar al de la ciudad en llamas que había sido el telón de fondo de su sueño. Notas de las marchas triunfales de la megafonía de los anuncios públicos, gritos de vendedores callejeros, música estridente procedente de los clubes que había en los niveles inferiores, el sonido monótono de la lluvia, el repicar de las campanas, el ruido entrecortado de un crucero del Magistratum que pasaba a velocidad máxima.

Los sonidos de una Petrópolis vertical.

Sintió como si varias cucarachas corretearan bajo sus párpados y lanzó un quejido en voz alta hasta que se dio cuenta de que las cucarachas eran

reales y la superficie sobre la que correteaban era el plastec del marco de la ventana del habitáculo.

Jairus sacó el arma de debajo de la almohada empapada en sudor. Una imitación de Hostec 13 de cañón largo, con cargador de veinte balas y dos más en la recámara. Le resultaba algo tan reconfortante como el amor de una madre. Apuntó el arma hacia una de las cucarachas.

Entonces bajó la mano. Sería desperdiciar munición. Por el precio de una bala podía sacar algo más que la muerte de un insecto. Sobre todo teniendo el mono.

Idealista, pero cierto.

Se inclinó sobre el lavabo y se miró en el espejo que había encima. Estaba arañado y resquebrajado. Lo había hecho con la cabeza hacía dos noches, desesperado por una mirada que le hiciera verse feliz, enfadado con aquel reflejo por estar tan...

... tan vacío. Tan vacío.

Jairus sintió el impulso de golpear el espejo de nuevo, pero la frente que éste reflejaba aún estaba cubierta por la sangre reseca de la última vez.

Se miró a sí mismo. Un montón de músculos salpicados de injertos, un rostro atravesado por tubos de metal. Una lengua, que extendía justo en ese momento, escondida tras unos dientes afilados.

Vaya un guaperas. Un tirado. Un limpiacristales.

En medio del desorden que veía a su espalda, Neshá aún estaba inconsciente sobre el colchón. Estaba tumbada sobre el cobertor y su cuerpo desnudo bailaba con tatuajes de serpientes. Dos cóbridas se entrelazaban sobre el estómago y ascendían por el pecho para acabar formando unas fauces que parecían cerrarse sobre los pezones. Permanecería en aquel estado durante horas, pero cuando despertara, también querría echar un vistazo.

Sería más que un simple deseo.

Una necesidad.

«Así es, si no te importa. ¡Es una necesidad!»

El tiempo se agotaba. El tiempo de caza. El tiempo de búsqueda. Jairus flexionó los brazos y vio que aún tenía el arma en la mano derecha. Mejor así.

Cogió el abrigo y el enorme paraguas negro.

Al nivel de la calle, la ciudad seguía bullendo. Las alarmas sonaban sobre las farolas mientras la lluvia caía desde el este; el resplandor del sodio bañaba las aceras. Los vehículos pasaban salpicándolo todo. La campana, otra vez la campana.

La campana. Jairus comenzó a seguir ese sonido.

En la esquina entre Rudiment y el paso elevado había una capilla. Un lugar exclusivo, reservado para el culto de las clases altas. La campana sonaba desde lo alto de la torre corroída por el ácido. Cubiertos con sus enormes abrigos, los hombres distinguidos se apresuraban sobre la acera para llegar al oficio.

Jairus se unió a ellos, protegiendo a uno bajo su paraguas.

—Gracias —dijo éste cuando llegaron a la puerta de la capilla mientras le daba a Jairus una moneda. Jairus agitó el paraguas para sacudir la lluvia. Una herramienta muy útil, el paraguas. Todo el mundo necesitaba paraguas en Petrópolis. Jairus había conseguido el suyo cuando apuñaló a un niño de diez años en el paso subterráneo que había bajo el Paseo Golgotten.

Las puertas de la capilla se estaban cerrando. Jairus se coló y accedió a la penumbra, haciendo una genuflexión ante la sacristía para no llamar la atención. Al otro lado de la nave, los fieles se sentaban en las primeras filas de bancos mientras el sacerdote extraía el hábito de seda del tríptico de San Ferreolus, un patrón de la automatización.

La luz caía con diversos colores desde las vidrieras del ábside. Sin llamar la atención, Jairus se estremeció cuando una sacudida del último vistazo se apoderó de él como un destello. Se sentó en los bancos del fondo. Olió el ácido de la lluvia que goteaba del paraguas y caía sobre el suelo de mármol. Sintió con agrado el peso del arma en el bolsillo interior del abrigo.

El oficio estaba empezando. La misma basura de siempre. El sacerdote enunciaba una frase que la congregación repetía al unísono. Jairus permanecía al fondo, oculto entre las sombras. Delante, el tríptico dorado fue iluminado por un rayo de luz blanquecina proyectado desde arriba, como un halo, algo casi glorioso. El sacerdote extendió las manos, dibujando símbolos en el aire como si manejara unas marionetas resplandecientes.

Con la cabeza inclinada hacia el suelo, Jairus miró a la izquierda. Vio

a los jóvenes acólitos que esperaban detrás del dosel, hablando en susurros, alisándose el hábito y preparando el incensario, el magnetum y el plato.

El plato. El plato de las ofrendas. Eso era lo que a Jairus le interesaba. En una congregación como aquélla, compuesta por hombres ricos y de clase alta, aquel plato podría ser un gran botín. Tendría que olvidarse de los flejos por una noche. Aquel plato significaría una semana de vistazos, y suficientes lhos y amarillos como para pasar el mono que vendría después.

Aún temblaba. «Tranquilo, tranquilo», dijo para sus adentros.

Pestañeó. El sacerdote acababa de decir algo que le resultó extraño. La congregación respondió. Mientras Jairus lo contemplaba, el sacerdote tocó la parte superior del tríptico y éste se cerró.

La imagen triple que reveló entonces fue mucho peor que cualquier otra cosa que hubiera visto hasta entonces, incluso en las peores miradas. Soltó un grito ahogado y se estremeció en el banco. Las imágenes, las imágenes, eran tan...

... le recordaron al sueño de la ciudad en llamas.

Jairus se dio cuenta de que se había orinado y dejó salir un grito. Demasiado ruido. Toda la congregación, incluido el sacerdote, le estaba mirando.

«Márchate, sal como si no pasara nada y no habrá por qué...»

—Hola —dijo el hombre, sentándose junto a él en el banco.

—Eh... —fue todo lo que Jairus pudo articular.

—Tengo la impresión de que te has equivocado de oficio —dijo el hombre con amabilidad.

—Eh..., sí, eso parece.

El hombre era ágil y de extremidades largas. Tenía el rostro afilado y distinguido. Vestía ropa oscura, inmaculada. Unos guantes le cubrían las manos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó—. Mi nombre es Toros Revoke.

«No digas nada», pensó Jairus.

—Yo me llamo Jairus —dijeron sus labios, haciendo caso omiso.

—¿Cómo estás, Jairus? Eres un adicto, ¿verdad? ¿Cómo se dice ahora? ¿Un limpiacristales?

—Sí, señor.

—¿Y tienes... cómo se dice? ¿Tienes mono de «echar un vistazo»?

—Sí, señor, supongo que sí.

«¿Por qué respondes? ¿Por qué le respondes a este tipo, imbécil?»

–Mala suerte, chico –dijo el hombre mientras le daba una palmada de ánimo en el muslo. Jairus se encogió de hombros–. Se supone que no deberías haber visto eso, ésta es una capilla privada. ¿Cómo has entrado?

Había algo en aquel hombre. Había algo en sus ojos o en su tono de voz que hizo que Jairus no pudiera evitar responder, incluso aunque no quisiera.

–Me... Me he hecho pasar por un paragüero, señor.

–¿De veras? Qué ingenioso.

–Maestro Revoke –dijo el sacerdote desde el altar–. ¿Algún problema?

–Es sólo un pobre hombre que se ha colado por error en nuestra reunión, padre. Nada de lo que preocuparse, se marchará en seguida.

El hombre miró de nuevo a Jairus. Tenía las pupilas de un color amarillo marchito, como dos soles agonizantes.

–¿Qué estabas haciendo aquí? –preguntó con tranquilidad.

–Sólo estaba... –comenzó Jairus.

–Tratando de robar el plato de las ofrendas –dijo el hombre, apartando la vista–, para costear un vistazo. Ibas a robar a esta comunidad de buenas personas para saciar tu adicción.

–No, señor, yo...

De algún modo, el hombre había conseguido hacerse con el arma de Jairus. La levantó en el aire.

–Con esto.

–Señor, yo... –Jairus luchó contra el poder irresistible de aquel hombre. ¡Aquello era una locura! Él era un hombre fuerte y curtido, debería poder aplastar a un enclenque como aquél en un abrir y cerrar de ojos. Debería...

Se puso en pie, agarró al hombre por las solapas y le golpeó la cabeza repetidamente contra el banco hasta que el cráneo se fracturó y ésta se volvió roja y húmeda. Acto seguido comenzó a correr hacia la puerta de la capilla y...

Jairus seguía sentado en el banco, incapaz de moverse. El hombre le sonreía.

–Una idea interesante –dijo el hombre–. Algo directo y seguro. Pero... ya puedes olvidarte.

–Por favor... –murmuró Jairus.

–Hagamos una cosa –dijo el hombre mientras metía bajo el abrigo la mano que le quedaba libre. La otra jugueteaba ociosa con la pistola–. Invita la casa.

Le dio a Jairus un paquete envuelto en un pañuelo de papel rojo.

–Ahora..., sigue tu camino.

Dos párrocos abrieron las puertas de la capilla. Jairus corrió.

Llegó hasta las pasarelas de acero que se extendían sobre la zona baja de Belpagor antes de que el pánico helado que lo atenazaba se calmara ligeramente. Respiraba de forma entrecortada y temblaba de arriba abajo. Tuvo que apoyarse en la barandilla para no perder el equilibrio, haciendo caso omiso del picor del ácido de la lluvia que le abrasaba las manos.

Aquel hombre se lo había hecho pasar mal, pero lo otro... La imagen triple que reveló el tríptico... ¡Por la infinita Gloria del Trono de Terra! De todas las cosas sagradas, a buen seguro ésa no era una de ellas.

Los niveles inferiores de la ciudad se abrían bajo sus pies en una bruma de luces que rompía las tinieblas y se extendía bajo las pasarelas. Jairus quería relajarse, calmar los latidos de su corazón.

Extrajo el paquete que le había dado el hombre, desenvolvió el pañuelo de papel rojo y miró el flejo. Con eso bastaría.

Pero... Ese hombre, aquel hombre de voz suave y con los ojos de color amarillo marchito. ¿Podía confiar en un hombre que se dedicaba a regalar flejos?

Jairus sintió el peso del cristal sobre la mano. Acto seguido se dio la vuelta y lo arrojó hacia la oscuridad que se extendía bajo la pasarela.

–Lástima.

Jairus se volvió de nuevo. El hombre estaba sentado en la escalera de la pasarela, detrás de él. Parecía como si hubiera estado allí durante horas. Estaba fumando un pitillo de lho con una larguísima boquilla que sostenía entre los dedos huesudos que ocultaba bajo los guantes.

–Habría sido algo rápido y certero. Habrías sentido dolor, pero sólo durante un instante.

Jairus cerró los puños.

–Ahora tendremos que recurrir a otras opciones.

–¿Quién eres...? ¿Qué...? –balbuceó Jairus.



–Ya has visto suficiente. Demasiado. Y soy muy celoso de mis secretos. Me pagan para evitar que alguien se vaya de la lengua. Y esa lengua augmética que tienes, Jairus... Bueno, digamos que parece muy larga.

–¿Quiere que me encargue yo? –preguntó una voz que sonó casi como un susurro. Jairus se dio cuenta de que había otra persona en la escalera, junto al hombre. Una figura tan delgada y pálida que era casi transparente.

–No será necesario, Monicker –respondió el hombre, al tiempo que se ponía en pie–. Me apetece practicar un poco.

El hombre tiró el pitillo de lho, guardó la boquilla en el bolsillo y caminó hacia Jairus. La figura casi invisible que había tras él permaneció inmóvil.

–Podría haber sido muy rápido –susurró el hombre–. Me refiero al flejo. Pero ahora no lo será tanto. Y no creas que será indoloro.

Jairus extendió los hombros y levantó los puños.

–Eso habrá que verlo –respondió. Fue la frase más atrevida que dijo en su vida. Y también fue la última.

El hombre musitó algo. Una palabra que no era una palabra. Un sonido que no era un sonido. Una única sílaba.

Jairus retrocedió. Sintió como si un martillo neumático le golpeará el rostro. La sangre comenzó a salirle a borbotones de la nariz destrozada.

–Muy buena –dijo la figura casi invisible.

–Puedo mejorarlo –respondió el hombre. Pronunció otras tres palabras mudas que se sucedieron rápidamente, deformando los labios para acomodarlos a los sonidos. Jairus sintió una sacudida cuando un golpe le fracturó la clavícula, otro le destrozó el hombro y un tercero le hizo añicos la rodilla derecha.

Se desplomó sobre el suelo. El dolor era insoportable. Hacía años un clan rival le había dado una paliza. Lo machacaron a golpes de martillo. Pasó ocho meses en la sala común del hospital.

Pero aquello no tuvo nada que ver con esto.

El hombre se alzó sobre Jairus. Éste le agarró la pernera del pantalón. El hombre volvió a murmurar más palabras mudas.

Los dientes de Jairus explotaron cuando terminó de enunciar la primera. Todos y cada uno de ellos. Los incisivos se resquebrajaron como si fueran de porcelana, los molares estallaron destrozando las raíces ensan-

grentadas. La lengua explotó. La segunda palabra le reventó el hígado. La tercera le fracturó las costillas y le perforó el pulmón izquierdo. La cuarta le taladró el colon. La sangre salía a borbotones por cualquier orificio que fuera capaz de encontrar.

Una última palabra muda. Los riñones de Jairus quedaron reducidos a una masa informe.

—¿Ya está muerto? —preguntó la figura casi invisible.

—Debería —respondió el hombre. Hizo una pausa y levantó la mano para limpiarse con el guante una gota de sangre que le había salpicado el labio inferior.

—Tu técnica... mejora cada vez más —señaló su compañero.

—La práctica lleva a la perfección —contestó el hombre.

Jairus aún se retorció. La sangre que había brotado de su cuerpo formaba un charco sobre el suelo de hierro de la pasarela.

—No podemos dejarlo aquí —dijo el hombre—. Estas heridas son demasiado... peculiares.

—No pienso cargar con él. Yo no. Huele muy mal, y me mancharía.

El hombre levantó la vista.

—¿Drax? —dijo.

Una tercera figura apareció al nivel de la calle. Era una silueta alta y delgada que se encorvaba a la altura de los hombros. Un mechón de pelo fino y grisáceo enmarcaba un rostro extrañamente liso y ancho, con unos pequeños ojos como de cerdo y una enorme mandíbula que sobresalía.

—¿Señor Revoke?

—Llévatelo y limpia todo esto, por favor.

El recién llegado, Drax, se apresuró a bajar por la escalera para unirse a las otras dos figuras. Vestía un traje ceñido de cuero con botones en el pecho, pero tenía la mano y el brazo derecho protegidos bajo un guantelete de cota de malla.

—Apártese pues, señor Revoke —dijo. Extrajo un reclamo para cibercuervos del cinturón, desenredó el hilo plateado y comenzó a hacerlo girar muy despacio. El reclamo comenzó a emitir un zumbido.

—Ya vienen, son una belleza.

Lo último que vio Jairus fueron los destellos de los pájaros, cientos de ellos, emergiendo de la oscuridad y abalanzándose sobre él con las alas

de metal extendidas. Fue lo último que vio porque cayeron directamente sobre sus ojos.

Lo último que sintió fue su propia agonía. Se prolongó durante seis minutos, mientras los pájaros de metal picoteaban y desgarraban la carne hasta dejar los huesos al descubierto.



De este modo, a finales del año 402.M41 regresamos a Eustis Majoris para terminar el trabajo.

Habían pasado más de doce meses desde que pisamos por última vez aquel planeta oscuro y superpoblado, y ahora regresábamos de incógnito. Nuestros enemigos nos habían dado por muertos, y sería mucho mejor de ese modo. El secreto era la única arma que nos quedaba. Desde nuestro regreso, todo serían secretos y mentiras hasta que la muerte lo equilibrara completamente y lo sumiera en el vacío.

En la última noche del viaje de regreso visité a mis camaradas uno por uno. Fue un gesto de cortesía motivado por el respeto. Era mucho lo que me disponía a pedirles a cada uno de ellos.

Encontré a Harlon Nayl cazando en el claro de un bosque perenne bajo un glaciár blanco como una perla gigantesca. El aire era frío y cortante. Will Tallowhand estaba con él; caminaban el uno al lado de otro con los rifles apoyados sobre los hombros.

Me aproximé a través de la hierba, con las manos extendidas para sentir los tallos de la vegetación que susurraba a mi alrededor. Will me vio primero. Se dio la vuelta y esbozó una sonrisa, después le dio a Harlon una palmada en el hombro.

Will Tallowhand llevaba mucho tiempo muerto. Me gritó algo que no pude comprender. Cuando llegué hasta ellos, él ya se había desvanecido como si fuera humo.

Harlon Nayl me miró de arriba abajo.

–Llevabas mucho tiempo sin hacer esto, Gideon –dijo.

–Lo sé –respondí.

–Tienes buen aspecto –continuó.

–El tuyo es mejor –contesté.

Harlon asintió. Era un hombre corpulento, alto y muy musculoso. Tenía la cabeza redondeada y completamente rapada, excepto por un mechón que tenía por perilla.

–¿Tan mala es la situación?

–¿Qué quieres decir?

Se encogió de hombros.

–Hacía mucho tiempo, como ya he dicho. Lo debes de tener muy mal para que acudas a mí de este modo. Y creo que sé lo que has venido a pedirme.

–¿Lo sabes?

Harlon asintió de nuevo.

–Creo que sí. Quieres saber si estoy dispuesto a seguir adelante.

–¿Y lo estás?

–Siempre pensé que estaría en esto hasta el final... –Apartó la vista y su voz se apagó con melancolía. Las siluetas fantasmagóricas de unos animales astados se fundían con las sombras de los árboles.

–¿Dónde estamos? –le pregunté.

Se encogió de hombros.

–Lo he olvidado. Durer, quizá, o Gudrun. Los sueños me traen a este lugar con frecuencia. Aunque la última vez el glaciar estaba en ese otro lado.

Llegamos hasta la orilla del lago que se hendía como una lanza de cristal en el corazón del bosque. Estaba tan tranquilo que en él se reflejaban los árboles, el glaciar y el cielo.

Ahí estábamos los dos. Hombro con hombro. Harlon, con su amplia espalda, fuertemente armado y con una psique tan resistente como flexible, casi tan elástica como el traje monopieza de cuero que vestía. Y yo, tal y como era cuando tenía treinta y cuatro años, hacía

ya una eternidad. Ligeramente más bajo que Harlon, con una complexión más ligera y con el pelo largo y negro recogido tras el rostro de pómulos marcados que por aquel tiempo veía reflejado en todos los espejos.

—¿Siempre eres así cuando sueñas? —preguntó Harlon.

—¿Te refieres a si soy como me ves ahora?

—Sí.

Moví la cabeza.

—No, hace años que no. Sueño igual que vivo, confinado pero a la vez sin límites, en la oscuridad. Aunque esta noche he pensado que para variar me gustaría tener este aspecto.

—¿Por lo desesperado de la situación? Espero que esto no sea un juego psicológico. ¿Acaso has adoptado tu antiguo rostro para recordarnos cómo nos conocimos y a quién juramos fidelidad? Resulta difícil decirle que no a esa cara.

—¿Es que quieres decirme que no?

—Jefe, hemos pasado por mucho juntos. Por muchas situaciones terribles. Molotch, lo que aconteció en Dolsene... Son cosas que no quiero recordar. ¿De verdad es tan mala la situación?

Hice una pausa.

—Podría serlo.

—¿Y qué hay de los demás?

—Aún no se lo he pedido. Te lo estoy pidiendo a ti.

—Y la respuesta es sí. ¿Vas a visitar ya a los demás?

—Sí.

—¿Puedo ir contigo?

Dije que sí. Resquebrajamos el lago cristalino en un millón de esquirlas y éste se convirtió en una celda de piedra en el corazón de una torre de Sameter, donde Patience Kys le cantaba una canción de cuna a sus hermanas perdidas. Prudence y Providence estaban acurrucadas en sus camas, con el aspecto que tenían a los diez años de edad. En el exterior, una tormenta eléctrica iluminaba la noche.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó Prudence, señalando hacia nosotros.

Kys se volvió rápidamente. Las dos cuchillas plateadas que sujetaban

su melena negra se soltaron y volaron hacia nosotros mediante telequinésia bajo la tenue luz de las velas.

Las aparté con cuidado. Incluso en sueños, esas armas pueden ser muy dolorosas.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Kys con brusquedad. Era una mujer alta y esbelta de unos veinticinco años, ágil y rápida. Una vez suelta, su melena negra enmarcaba un rostro de mejillas acentuadas y pálidas dominado por unos ojos verdes y feroces.

—Lamento interrumpirte, Patience —comencé.

—Ha venido para hacerte la pregunta, Kys —dijo Harlon Nayl.

—¿Ah, sí?

—Así es —respondí—. Si quieres quedarte al margen, lo entenderé. Hazlo ya, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Tú te quedas? —le preguntó a Nayl.

—Por supuesto —respondió él.

—Entonces, yo también —dijo ella, escudriñándome con aquellos terribles ojos verdes—. Es una cuestión de honor.

—¿Es porque quieres venganza? —le pregunté.

—No, es porque he jurado lealtad, y porque es nuestro trabajo.

Dejamos que Kys terminara de cantar la canción. Carl Thonius resultó más difícil de localizar. Las fronteras de sus sueños eran muy gruesas y brumosas, y cuando las atravesamos, nos vimos perdidos en medio de un bosque de percheros de los que colgaban los más hermosos vestidos.

El aire era mucho más frío que el del sueño alpino de Nayl.

—¿Carl? ¿Carl?

Desnudo, en medio de un claro en el corazón del bosque de ropa colgante, Carl Thonius estaba sentado y rodeado de espejos. Se levantó cuando aparecimos abriéndonos paso entre las chaquetas, los pantalones bombachos y los chalecos. Se puso un hábito.

La parte central del claro estaba ocupada por percheros de metal en los que traqueteaban las perchas vacías.

—Esto es una intromisión. —Carl Thonius era un hombre muy educado, esbelto, sobrio y elegante. Tenía el pelo rubio y peinado con un flequillo. Su voz se apagó cuando vio el atuendo con el que me había manifestado.

–Quiere hacerte la pregunta –dijo Nayl, esbozando una ligera sonrisa ante la evidente incomodidad de Thonius–. Ya sabes, «la pregunta».

–El inquisidor ya conoce la respuesta –respondió Carl abruptamente–. Yo soy su interrogador. Iré a donde él vaya, en nombre del Emperador, mundo tras mundo.

–Te lo agradezco, pero tenía que preguntar, Carl –dije.

–Lo sé, señor –respondió conforme se ajustaba el cinturón del hábito–. ¿Actuaremos bajo el estatus de Condición Especial?

–Sí, tan pronto como lleguemos a Eustis Majoris –dije–. El principal problema será establecer y mantener una identidad falsa. Unos simples documentos falsificados no nos permitirán llegar muy lejos, y no estoy dispuesto a perder nuestra única ventaja.

–Si eso ocurriera, estaríamos condenados –sonrió Carl.

–Por eso necesitaremos otra cosa, algo más astuto.

–Pensaré en ello, señor –dijo.

Dos soles pálidos y mortecinos iluminaban el atardecer poniéndose frente a una playa. Ante nosotros, en el crepúsculo, se alzaba una figura que parecía buscar algo en la arena.

En la orilla había millones de manos derechas; manos reales, de carne y hueso. Todas ellas eran idénticas y todas tenían un arete cromado en la muñeca.

Zeph Mathuin se movía por la arena recogiénolas una por una y tratando de encajarlas en el muñón de su brazo izquierdo. Ninguna era la adecuada, por lo que las arrojaba de nuevo a la arena.

Mathuin era un hombre alto, de piel oscura y de una fuerza física incommensurable. Su pelo negro estaba recogido en unas trenzas cosidas. En aquel sueño, sus ojos no eran dos implantes encarnados como brasas al rojo vivo. Eran dos esferas marrones y llenas de vida.

Cuando nos acercamos miró a su alrededor al tiempo que desechaba otra de las manos.

–Mierda –dijo Nayl, mirando hacia la gigantesca playa atestada de manos cercenadas–, los sueños de Zeph son todavía más espeluznantes que los míos.

–Zeph –grité.

–No la encuentro, no puedo. Es imposible.



–Zeph –dije de nuevo.

–¿Qué? –respondió con un gruñido mientras se daba la vuelta y me miraba fijamente.

–Quería preguntarte...

–La respuesta es sí –dijo, y se volvió para perderse de nuevo entre la marea de dedos retorcidos.

Finalmente localizamos a Kara Swole en el vestidor de madera de una ruidosa feria ambulante en la región más apartada de Bonaventure. Fuera, los corredores gritaban el valor de las apuestas a través de megáfonos de metal y la multitud no paraba de gritar. Kara estaba sentada frente a un espejo iluminado bajo una luz tenue. Se había recogido la melena rojiza con un lazo y se estaba empolvando el rostro.

Pequeña, flexible y voluptuosa, hizo girar la silla plegable tan pronto como aparecimos.

–¿Ya es la hora? –preguntó.

–Sí –respondí.

–¿Ha llegado el momento de seguir adelante?

–Así es.

Se acercó hasta mí y me cogió los brazos, apretándome las muñecas con suavidad.

–Era un hombre hermoso, Gideon.

–Gracias.

–A veces olvido... el aspecto que tenía entonces. Hacía mucho que no se presentaba así ante mí.

–Es exactamente lo mismo que he dicho yo –dijo Nayl.

El rostro de Kara cambió.

–Estoy soñando, ¿no es así?

–Sí, así es.

–Empezaremos mañana, ¿verdad?

–Sí.

–Éste es el sueño en el que viene a preguntarme si estoy dispuesta a seguir adelante, ¿no es cierto?

–Sí.

–¿Hasta la muerte, si es preciso?

–Hasta la muerte.

—¿Qué hay de los demás?

—Patience, Zeph y Carl ya están conmigo.

—Yo también —intervino Nayl.

—¿Y qué pasa con Frauka y Zael?

—No podría entrar en los sueños de Frauka por más que lo intentara... y no pienso adentrarme en los del chico. Necesitaba saber si aún estabas conmigo.

—¡Por supuesto!

—Kara... Ha llegado el momento. Por última vez, si deseas permanecer al margen, debes decirlo ahora.

—¿Está de broma? —respondió ella—. El espectáculo debe continuar.

A la mañana siguiente, la *Arethusia* regresó al espacio material justo en los límites del Sistema Eustis. El viejo carguero había sido reparado y reconstruido tantas veces durante su vida útil que todos los indicios de su clase y su designación original se habían perdido en la maraña de retales de metal que constituía el casco. A Unwerth le gustaba pensar en aquella nave, y por extensión en sí mismo, como en la de un comerciante independiente pero, en realidad, no era más que un montón de hojalata que luchaba por sobrevivir transportando baratijas y excedentes de mercancía a través de las rutas comerciales.

Tras la retraslación entramos en la red de rutas internas del sistema, y nos hicimos con los servicios de una nave piloto que nos guió por el laberinto de naves y barcazas hasta un muelle vacante. El precio del amarre era de veinte coronas al día, y reservamos el fondeadero durante un mes.

El orbe jaspeado de Eustis Majoris giraba lentamente bajo nosotros. Los puertos orbitales eran superestructuras de bronce y acero que con sus luces temblorosas recordaban gigantescas carpas de circo del tamaño de continentes enteros, unidas unas a otras mediante cabos endebles. Más de diez mil navíos se aferraban a los anclajes de los muelles que había a nuestro alrededor. Algunas de aquellas naves pertenecían a mercaderes privados, transportistas o comerciantes; otras eran naves de gran calado que pertenecían a las compañías más importantes. Hileras de cargueros del Munitorum, grises y monótonos, descansaban en los amarres. Dorados y carmesíes, los enormes navíos de la Eclesiarquía flotaban majestuosamente.

esos como cetros ceremoniales amarrados a las gigantescas cadenas de los muelles privados y consagrados. En la lejanía, las siluetas oscuras y amenazantes de los navíos de guerra flotaban sobre los amarres militares, separados de los muelles principales. El espacio cercano bullía con el tráfico de pequeñas naves: transportes de mantenimiento, grúas móviles, naves cisterna, transportes y lanzaderas que descendían hacia la superficie cargadas de mercancías destinadas a los mercados de las ciudades principales de Eustis Majoris.

Aparte de los sistemas de identificación, de los tripulantes de la nave piloto y del registro de amarre, nadie se percató de la presencia de la *Arethusa*. No era más que otro navío mugriento, con el casco cubierto de hielo y del que emanaban columnas de combustible vaporizado en los puntos en los que la presión de la disformidad había combado y deformado la estructura.

En seguida, Carl se reunió conmigo para describirme el plan que había desarrollado en su mente. Siempre había valorado a Carl por su brillantez técnica, pero aquel plan me impresionó por su atrevimiento y audacia. Estaba madurando como agente.

—Sin embargo, hay riesgos —repuse.

—Por supuesto. Pero tal y como usted señaló, debemos ser capaces de actuar con libertad sin miedo a ser detectados. Ni siquiera los mejores documentos falsos que podamos conseguir pasarían una inspección rigurosa por parte del Informium. Y tenemos razones para pensar que la gente a la que nos enfrentamos tiene acceso a esa clase de recursos.

—¿De modo que la mejor opción es conseguir que el propio Informium falsifique unos documentos para nosotros?

Carl sonrió. Era esa sonrisa que sólo esbozaba cuando se sentía satisfecho de sí mismo.

—En cierto sentido, sí.

—¿Has sopesado esta operación con detenimiento?

—Con todo detalle. El tiempo, las distancias, los códigos... Todos los pormenores. Señor, me gustaría ocuparme de esta operación personalmente. Consideraría todo un honor que me diera permiso para hacerlo.

—Comprendo. ¿Por qué razón, Carl?

Ligeramente nervioso, comenzó a jugar con un anillo granate que llevaba en el dedo.

—En realidad, son tres las razones, señor. Primero, ha sido idea mía. Segundo... Por decirlo con delicadeza... Físicamente, usted es el eslabón más débil. Todos nosotros podemos disimular nuestra apariencia, pero usted llama bastante la atención. Y nuestros enemigos conocen su aspecto.

Era algo a lo que había estado dando vueltas desde que iniciamos nuestro viaje de regreso a Eustis Majoris. Dado el carácter secreto de la operación, tendría que confiar plenamente en mis agentes durante toda la misión. No podía permitir que nadie me viera. Era una perspectiva frustrante. Nos disponíamos a emprender la más peligrosa de las misiones, y todo porque yo estaba convencido de que era el modo en que debía ser. Pero aún así no podía hacer más que sentarme en las sombras y ver como mis agentes corrían todos los riesgos en mi lugar.

—Muy bien —le dije—. Tendré que acostumbrarme a ser el jugador que menos destaque de esta partida. Puedes encargarte tú.

—Gracias, señor.

—Estaré vigilándoos, y os ayudaré en todo lo que pueda.

—Por supuesto, señor, aunque no será necesario.

Se levantó y salió de mi camarote.

—¿Cuál es la tercera razón, Carl?

Se giró y miró fijamente a mi silla de apoyo, como si me mirara directamente a los ojos.

—El año pasado metí la pata. En Flint. Y poco después la nave cayó. Entonces fui yo el eslabón más débil. Quiero una oportunidad para redimirme.

Nos reunimos en la bodega principal. Nayl ya había activado los motores del transporte. Kara, Kys y mi intocable, Wýstan Frauka, estaban terminando de cargar el equipo en el compartimento de carga. Carl se encontraba cerca de allí, hablando con el chico, Zael. Carl y yo habíamos acordado que Zael también podría desempeñar un papel en la operación inicial, y parecía entusiasmado con la tarea que Carl le estaba encomendando.

Aún albergaba dudas respecto a Zael. Era muy joven y carecía de experiencia, además comenzaba a dar muestras de un poder psíquico que ni él mismo podía comprender. Tenía la extraña cualidad de los espejos psíquicos, que no eran activos sino reflectantes. Mantenía al chico a mi lado

para controlar y conservar ese talento creciente, pero podía notar que comenzaba a sentirse inquieto por tener que quedarse siempre al margen. Darle alguna responsabilidad reforzaría su confianza y le haría sentirse parte del grupo.

Mathuin llegó escoltando a nuestro prisionero. Feaver Skoh había sido un agente a las órdenes del cartel del Contrato Trece, y uno de los hombres que intentaron matarnos en Bonner's Reach hacía un año. Fue allí donde lo capturamos, y gran parte de la información de la que disponíamos se basaba en las confesiones que había hecho tras los interrogatorios. Tanto Nayl como Thonius pensaban que ya no podríamos obtener nada más de él y consideraban un esfuerzo inútil el hecho de mantenerlo con nosotros. Sin embargo, era nuestra única fuente y aún no estaba dispuesto a desahacerme de él.

El cautiverio y el dolor habían hecho mella en él. No era más que una sombra del gorila al que nos enfrentamos en el Espacio Afortunado. Lo poco que quedaba de su pelo rubio se había vuelto mucho más pálido, y la tupida barba que le cubría la prominente barbilla había desaparecido. Avanzaba arrastrando los grilletes mientras Zeph lo llevaba hacia el transporte. Tenía un aspecto lamentable, pero podía sentir que aún no se había derrumbado por completo.

Ignoró a todos los presentes y no pronunció una sola palabra, pero antes de que Zeph le hiciera subir por la rampa se volvió y me dirigió una mirada breve y penetrante.

La figura rechoncha de Sholto Unwerth se acercó hacia mí apresuradamente.

—¿Se hallan todos en la mejor disposición, mi señor? ¿Ávidos por presentarse ante los innumerables rigores que puedan hacerse presentes?

—Sí, maese Unwerth.

—¿Es su deseo hacia mi persona que haga permanencia en este amarre y en esta misma posición?

—Sí, maese Unwerth. El amarre ya ha sido pagado. Permanezca aquí con su nave. Si no hemos regresado o no hemos establecido contacto con usted cuando el alquiler del amarre haya expirado, podrá usted marcharse y continuar con sus asuntos, con mi más sincero agradecimiento.

—Así se hará, pues. Les doy mi despedida y les deseo a todos las menores desventuras. Pero aún hay una cosa únicamente sola...

—¿Si?

—Durante estos copiosos meses, aún no me ha encomendado cuál es su cometido.

—Tiene usted razón, maese Unwerth —respondí—. No lo he hecho. Y no lo haré. Por su propia seguridad.



## TRES

Orfeo Culzean era una bestia extraña. Sus papeles declaraban que era comerciante y proveedor de antigüedades, pero eso apenas describía el negocio legítimo que dirigía a modo de tapadera para su verdadero trabajo. Éste le permitía viajar con libertad por todo el sector, y le daba la oportunidad de adquirir numerosas curiosidades e inspeccionar las colecciones privadas de muchos museos y archivos. Su erudición gozaba del mayor de los respetos y no tenía ni una sola mancha de actividad criminal en su expediente.

Pero Orfeo Culzean era un profesional de la ambición, un mercenario dedicado a forjar el destino. No era un guerrero. Culzean jamás había levantado la mano para hacer daño a otra alma viviente; su especialidad era ingrata y sutil. Hacía que ocurrieran cosas. Era un arquitecto del destino, uno de los expeditores más destacados con los que contaba la Fraternidad Divina.

Culzean no pertenecía a la Fraternidad. No tenía ningún interés en ser vidente, y no estaba dispuesto a sacrificar un ojo o a permitir que la piel se le llenara de llagas. Pero era a él, y a unas pocas bestias semejantes a él, a quienes la Fraternidad acudía cuando necesitaba que sus perspectivas se hicieran realidad.

En circunstancias normales habría sido el hombre más peligroso de

Eustis Majoris. Pero durante aquel invierno la competencia estaba siendo terrible.

La Fraternidad le había enviado a Eustis Majoris, le había costado el pasaje y le había pagado una exclusiva suite en el Regency Viceroy de Formal C, en pleno corazón de Petrópolis. Dos días después de su llegada, el magus-clancular de la célula de la Fraternidad Divina que actuaba en Petrópolis se puso en contacto con él.

El magus-clancular se llamaba Cornelius Lezzard. Tenía trescientos diez años de edad, su aspecto era endeble y estaba asolado por la enfermedad. Su cuerpo marchito se mantenía erguido gracias a un exoesqueleto. Dos hermanos de la Fraternidad lo escoltaban. Los tres hombres vestían trajes negros con sombreros de terciopelo. Y los tres se habían cubierto con unos parches de terciopelo los implantes oculares que empleaban a diario, haciéndole así a Culzean el honor de contemplarle con sus ojos reales y sagrados.

Lo que esos ojos vieron cuando accedieron a la lujosa suite fue a un hombre corpulento de mediana edad, vestido con un traje abotonado de estambre azul y con el pelo y la barba negros concienzudamente cepillados. Estaba sentado en un sillón de cuero, acariciando un pequeño simiulpa que jugueteaba en su regazo. Cuando los tres hombres entraron, dejó a la mascota en el suelo y se puso en pie. El zorro-simio lanzó un ladrido y comenzó a intentar trepar por el respaldo del sillón.

Culzean hizo una ligera reverencia.

—Magus-clancular, es un placer verle de nuevo.

La voz de Culzean era tan suave y pesada como un panal de abejas.

—Nuestros ojos están sobre ti, Orfeo —respondió Lezzard.

—Por favor, ya pueden cubrirse los ojos. No perdamos tiempo en formalidades.

Los dos escoltas volvieron a colocarse los parches de terciopelo sobre sus ojos orgánicos, dejando a la vista los resplandecientes implantes augméticos.

Uno de ellos tuvo que ayudar a Lezzard, que intentaba sujetar el parche con sus manos atezadas por la parálisis.

—Han pasado muchos años desde que trabajamos juntos por última vez —dijo Lezzard. Su voz sonó temblorosa y falta de aliento. Los tubos del sistema del apoyo biológico del exoesqueleto estaban cosidos a su escuálido cuello.



–Muchos. Desde Promody. La plaga fue una obra de una belleza exquisita.

–Esta nueva perspectiva es cien veces más hermosa.

–Me lo imaginaba. La llamada estuvo llena de... ansiedad. Tengo entendido que esta perspectiva en particular es ahora mismo el principal interés de la Fraternidad.

–Lo es. Por eso solicité a los maestros de la Fraternidad que recurrieran a tus servicios. Permíteme que te presente a mis compañeros. Arthous y Stefoy, ambos videntes experimentados.

–Hermanos –dijo Culzean, inclinando la cabeza. Aquellos hombres eran el tipo característico de la Fraternidad: rostros asolados por las cicatrices y retorcidos por las penurias de los ritos de iniciación al culto, con las manos raídas y agrietadas de moldear espejos de plata-. ¿Puedo ofrecerles un refrigerio?

–¿Un poco de vino, o amasec, quizá? –dijo Lezzard.

Culzean asintió. Junto a él estaba su guardaespaldas, una mujer alta y musculosa con el pelo corto y dorado, y un rostro duro como un yunque. Vestía un traje ajustado color caqui decorado con ribetes de piel. Su nombre era Leyla Slade.

–¿Leyla?

Se retiró con diligencia para atender la petición.

Lezzard comenzó a caminar renqueante por la habitación, haciendo resollar los pistones del exoesqueleto. Culzean había decorado la estancia con sus propios ornamentos. Lezzard los examinaba, esbozando una ligera sonrisa de vez en cuando.

–Veo que tu colección no deja de crecer –dijo.

–La gente muere constantemente –respondió Culzean con serenidad.

–Cierto. Pero dime, ¿y esta llave?

–Causó la asfixia de un niño en Gudrum.

–¿Ah, sí? ¿Y este adoquín?

–Una vez estuvo en lo más alto de la escalinata del templo de Arnak. El recipiente de cristal que hay al lado contiene la misma agua de lluvia que lo mojó y lo convirtió en una trampa mortal para un peregrino desprevenido.

–Disculpe –intervino Arthous, uno de los dos hombres–, pero no comprendo.

Culzean sonrió.

–Colecciono deodantes.

Arthous parecía desconcertado.

–Un deodante –dijo Culzean– es un objeto que ha causado la muerte de una o varias personas de manera directa. Esta baldosa estaba en el techo de una casa de subastas de Durer, y aplastó el cráneo de un magistrado que pasaba por debajo. La punta oxidada de esta pluma envenenó la sangre de un empleado del Administratum que se la clavó accidentalmente en las nalgas. Esta roca cayó desde el cielo como un misil directamente sobre un pastor del condado de Migel. La manzana que contiene esa caja de plastec, que como puede apreciarse tiene un único bocado, acabó con una pobre mujer que resultó ser alérgica a su jugo.

–Extraordinario –dijo Arthous–, pero ¿puedo preguntar por qué?

–¿Por qué colecciono estos objetos? ¿Por qué los conservo y los valoro? Ya sabe usted a qué me dedico, Hermano Arthous. Soy un ingeniero del destino. Estos objetos me fascinan. Considero que contienen un vestigio de alguna fuerza externa, de alguna clase de casualidad. Son objetos vanos e inertes, pero al mismo tiempo están dotados de fuerza. Los conservo a modo de amuletos. Cada uno de estos objetos ha cambiado el destino de una persona. Me recuerdan lo efímero y veleidoso del azar, y la facilidad con la que éste puede moldearse.

–¿Acaso son la fuente de su poder? –preguntó Stefoy.

–No es más que una colección de objetos –respondió Culzean–, pero todos ellos ansían darle forma al futuro con el mismo anhelo que yo.

Leyla Slade regresó portando una bandeja con una jarra de amasec y varios vasos. Comenzó a servir la bebida mientras los hombres se sentaban bajo los grandes ventanales de la habitación. El simivulpa se escondió jugueteando bajo las sillas. En el exterior, la lluvia azotaba las chimeneas sombrías y lúgubres de la ciudad.

–Hábleme de la perspectiva –dijo Culzean, dando un sorbo a la copa.

–¿Qué es lo que ya sabes, Orfeo? –respondió Lezzard.

Culzean se encogió de hombros.

–Los videntes de la Fraternidad en Nova Durma han visto algo en los espejos de plata, una perspectiva que es segura casi al ciento por ciento, y según tengo entendido esto es algo muy poco común. Algo está a punto de ocurrir aquí, en Eustis Majoris, antes de que el año llegue a su fin. Una

manifestación demoníaca. Algo que hará estremecer la historia del universo. Y su nombre será Slyte.

—Es una valoración bastante aproximada —respondió el magus-clancular mientras Stefoy le ayudaba a dar un sorbo de la bebida—. Arthous, exponle los detalles.

Arthous se inclinó ligeramente y dejó el vaso sobre la mesa. Las llagas de su cuerpo desprendían un hedor apestoso, pero Orfeo Culzean era demasiado educado como para mostrar el menor signo de incomodidad.

—Su nombre, efectivamente, será Slyte. Quizá varíe a Sleet o Slate, o...

—Slyte será suficiente —dijo Culzean, levantando la mano—. Pero lo que no comprendo es lo siguiente: hablamos de una probabilidad casi del ciento por ciento. ¿Por qué, en el nombre de las tinieblas, necesitan mis servicios?

—La palabra clave, señor, es «casi» —intervino Stefoy—. En los últimos meses, nuestros hermanos visionarios de Nova Durma han informado de que la visión se ha nublado.

—¿Nublado?

—La perspectiva se ha vuelto menos segura. Como si el destino se hubiera vuelto en su contra. Debemos asegurarnos de que el destino siga su curso. Hacer que se convierta en una flecha certera. Convertirlo en realidad. Los videntes predijeron que ocurriría entre el año cuatrocientos y el cuatrocientos tres, y ese periodo ya está cerca.

—Entiendo —respondió Culzean—. Y, ¿tiene esta perspectiva algún objetivo?

Arthous introdujo la mano en un bolsillo y extrajo varios pergaminos arrugados.

—Éstas son las transcripciones hechas por los propios videntes. El nombre del objetivo está aquí. Un hombre llamado Gideon Ravenor.

—¿Ravenor? —dijo Culzean—. ¿El escritor?

—Se trata de un inquisidor imperial.

—Sí, pero también escribe. Ha publicado varios ensayos y diversos tratados. Todos bastante oscuros y demasiado espesos para mi gusto, aunque han recibido muchos elogios. ¿De modo que ese Ravenor es el objetivo?

—Él o alguien de su entorno cercano —asintió Lezzard.

—Interesante —dijo Culzean, tomando los pergaminos y mirándolos con detenimiento.

—La Inquisición ya está al tanto de esta perspectiva —continuó Stefoy—.

Ya han intentado frustrarla. Fue un agente en particular, el viejo mentor de Ravenor, el inquisidor Eisenhorn.

Culzean levantó la vista.

—¿Eisenhorn? ¿Ese perro viejo? A buen seguro que de él sí que he oído hablar. ¿Cuál es su papel en todo esto?

—El año pasado, en Malinter, trató de advertir a Ravenor sobre la perspectiva. Fuimos incapaces de evitarlo, pero parece que el propio Ravenor no le creyó. Poco después, Eisenhorn fue localizado en Fedra y asesinado por nuestros hermanos.

—¡Por la Gloria del Emperador! ¿Han matado a Gregor Eisenhorn? —preguntó Culzean.

—Eso creemos. Fue interceptado en Fedra, en el templo del Mechanicus de la Colina de Marte. Allí se desencadenó una batalla cruenta que culminó con la destrucción de todo el lugar. Poco después, los videntes perdieron su estela. Podemos estar seguros de que ha muerto con un grado bastante elevado de certidumbre.

—¿Con un grado bastante elevado de certidumbre?

—Ya no aparece en nuestros espejos —dijo Lezzard con un tono seco.

—¿Y qué hay de Ravenor?

—Es precisamente en torno a Ravenor que la visión se vuelve borrosa. Las visiones de los videntes resultan contradictorias. Algunos aseguran que ya está muerto. Otros dicen que está aquí, entre nosotros, en Petrópolis. Es posible que esté aquí, encubierto bajo el más absoluto de los secretos. Eso explicaría las contradicciones.

—¿Cuáles serán los determinantes que habrá a mi disposición? —preguntó Culzean.

Con la ayuda de Stefoy, el magus-clancular extrajo otro montón de pergaminos ajados.

—Éstos son los determinantes que hemos establecido. Diecinueve nombres; personas que, según hemos podido predecir, tendrán una influencia manifiesta sobre el resultado de la perspectiva.

—Algunas de estas personas son... altos cargos —dijo Culzean mientras leía los nombres.

—Así es.

—Y el propio Ravenor también está entre ellos.

—Sí, lo será a su debido tiempo —dijo Lezzard—. Pero no sabemos por qué.

Culzean miró a Leyla Slade.

–Necesitaré a un psíquico inmediatamente. Que no esté registrado, del mercado negro. Averigua si Saul Keener aún opera en Eustis Majoris. Es muy competente.

–En seguida –respondió ella.

–¿Puede ayudarnos? –preguntó Stefoy–. ¿Podrá ocuparse de este asunto?

–Creo que sí –respondió Culzean, poniéndose en pie. El simivulpa le trepó por una manga y se acomodó en hombro. Culzean seguía examinando los papeles–. Tendremos que actuar rápido y de forma implacable. No podemos permitir que estos determinantes nos preocupen. Son elementos fungibles. Tenemos que despejar el terreno y reducir toda la perspectiva a un único hecho.

–¿Quiere decir que tenemos que acabar con ellos? –preguntó Arthous.

–Probablemente. Es como una intervención quirúrgica: tenemos que extirpar los abscesos. Y creo que lo más indicado sería comenzar por él.

Culzean le mostró a Lezzard uno de los pergaminos.

–La Fraternidad jamás tendrá capacidad para llevar a cabo un asesinato como el de...

–Eso es precisamente para lo que me pagan. Tengo mis propias herramientas.

–¿Herramientas? –murmuró Stefoy en voz baja.

–Herramientas del destino –dijo Culzean, esbozando una sonrisa–. Creo que deberíamos despertar al incunábula.

–¿De veras? ¿Está seguro, señor? –preguntó Leyla Slade.

Culzean asintió con decisión. Caminaba de un lado a otro; estaba al mando, controlaba la situación.

–El Ladrón de Bronce es muy maleable, se adapta con facilidad. Lo despertaremos a él.

–Se refiere a esa cosa como si fuera una persona –corrigió Leyla Slade.

–Tú no lo conoces tanto como yo –dijo Culzean con una sonrisa malévola. Después se volvió hacia los hombres–. Comenzaremos dentro de un día. ¿Dónde se alojan, maestro?

–En el faro intermitente que se encuentra en el extremo de la bahía de Formal Q –respondió Lezzard.

–¿Es un lugar alejado? ¿Discreto?

–Así es, Orfeo.

—Será allí donde les visite. Despertaremos al incunábula y comenzaremos a trabajar.

—¿Qué es ese incunábula del que tanto habla? —preguntó Stefoy.

—No es más que una herramienta. Un deodante.

—¿Como la baldosa o la pluma?

Culzean se encogió de hombros.

—Se trata de algo un poco más activo. Aunque por supuesto, esta acción tendrá un coste.

—Los fondos de la Fraternidad están a tu entera disposición, Orfeo —respondió Lezzard.

Orfeo Culzean levantó un puño hasta la altura de la boca y tosió educadamente. Leyla Slade dio un paso adelante.

—Magus-clancular, mi señor no se refiere a un coste monetario. Deberá usted disponer de personas cuyas vidas puedan usarse como pago.

—¿Sacrificios? —preguntó Lezzard.

—Al menos una docena —respondió Orfeo Culzean—. El Ladrón de Bronce recibe su nombre porque roba vidas. Y cuando despierte, estará terriblemente hambriento.